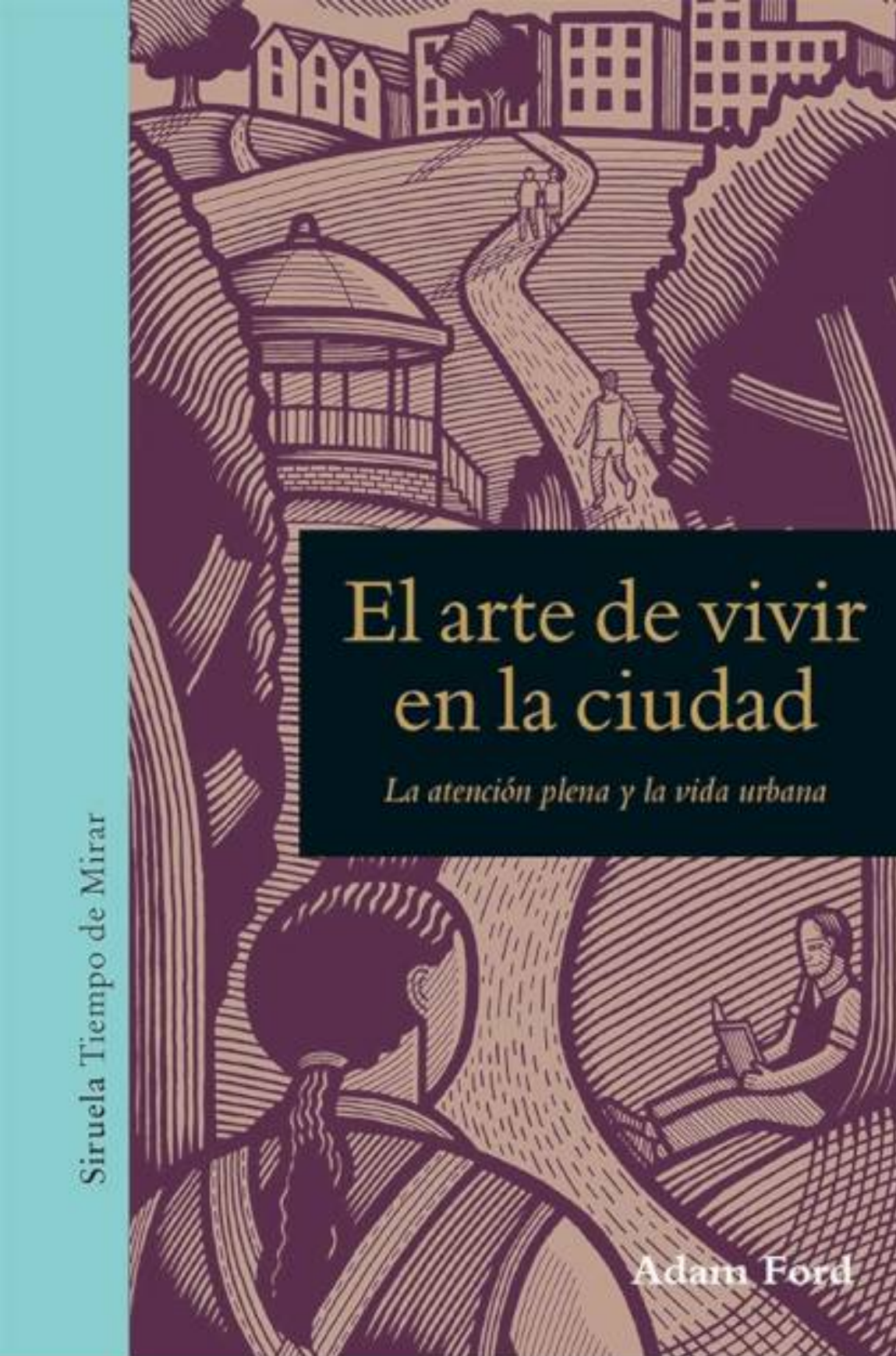


Siruela Tiempo de Mirar



El arte de vivir en la ciudad

La atención plena y la vida urbana

Adam Ford

Edición en formato digital: junio de 2017

Título original:

Mindfulness & the Art of Urban Living.

Discovering the Good Life in the City

© Diseño de cubierta y maqueta, The Ivy Press Limited, 2013

© Adam Ford, 2013

© De la traducción, Eva Cruz García

This translation of

Mindfulness & the Art of Urban Living

originally published in English in 2013 is published

by arrangement with The Ivy Press Limited

© Ediciones Siruela, S. A., 2017

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

www.siruela.com

ISBN: 978-84-17041-98-4

Conversión a formato digital: María Belloso

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO 1

JARDINES URBANOS, PARCELAS, ABEJAS Y POLLOS

CAPÍTULO 2

LA RIQUEZA DE LA CULTURA URBANA

CAPÍTULO 3

PROBLEMAS URBANOS

CAPÍTULO 4

LA RECREACIÓN Y LOS PASEOS EN LA CIUDAD

CAPÍTULO 5

VISTAS, CEMENTERIOS Y OBSERVATORIOS

CAPÍTULO 6

LA CIUDAD CAMBIANTE: PASADO Y FUTURO

AGRADECIMIENTOS

*Para Laurella y Adam,
mis dos nuevos nietos*



INTRODUCCIÓN



INTRODUCCIÓN

En la actualidad el crecimiento de las grandes ciudades es imparable; se extienden sobre la superficie del planeta como el líquen sobre una roca, y por la noche pueden incluso verse desde el espacio, como refulgentes constelaciones de luz. ¿Son el futuro? ¿Terminarán extinguidas, carbonizadas en una conflagración de descontento social y revueltas, corrupción, crimen y plagas, revelándose en última instancia como estructuras insostenibles, destinadas desde un principio a la autodestrucción? Puede que estemos viviendo en la cúspide del mayor desastre humanitario que haya asolado al mundo. O tal vez no...



UNOS JUNTO A OTROS COMPARTIR LA EXPERIENCIA

Para el Buda y sus discípulos la práctica de la atención plena era un modo de vida, además es una técnica que sigue empleándose hoy en día. Al principio puede que nos resulte raro asociar esta práctica tan pacífica con el ruido y el ajetreo de la vida urbana, pero es ahí precisamente donde más útil resulta.

El Buda empezó a enseñar atención plena hace dos mil quinientos años en el norte de la India, donde estaban creciendo de prisa muchas ciudades nuevas, fundadas sobre la industria metalúrgica, entonces en plena expansión, de la Edad del Hierro. Las enseñanzas del Buda estaban dirigidas a una nueva generación de individuos que habían surgido a partir de la vida urbana, personas que querían soltar el lastre de todo el boato de la religión organizada (rituales complejos dominados por la poderosa élite del sistema de castas) para encontrar su propio camino.

La práctica de la atención plena es una forma de vida, una forma de conocerse a uno mismo y al mundo. Se trata de hacer un balance de cómo son las cosas con regularidad, vivir de forma consciente, estar más atento a la vida y ser más realista. Más que un mero ejercicio consistente en tomarse el tiempo de «pararse y mirar», aunque esto sea un elemento importante, la atención plena o *mindfulness* conlleva tomarse un tiempo para meditar, apartando momentos del día para dedicarlos a tomar conciencia del propio cuerpo físico, de las emociones y de los pensamientos, con el fin de descubrir un equilibrio y una calma renovados. Partiendo de una definición

clásica, diríamos que empieza por algo tan sencillo como concentrarse en la respiración, percibiendo cómo fluye el aire que nos da la vida al entrar y salir de nuestros pulmones. Para hacerlo necesitamos encontrar un lugar privado y cómodo donde podamos sentarnos, con la espalda recta, abriendo los hombros (sin forzar nada) y dejando que la respiración fluya de forma natural. Quienes vivamos en un pueblo grande o en una ciudad utilizaremos entonces esta técnica para ir más allá y explorar, a través de la meditación, el entorno urbano que tenemos a la puerta de casa. Miramos al exterior, a las calles, con imaginación, y a la gente con compasión y afecto, optimismo y esperanza sin dejar de ser realistas. Nos alegramos de estar aquí. Tomamos la decisión de asumir el mando de nuestra propia situación y de sacarle partido.

Vivir en un entorno urbano significará algo diferente para cada uno de nosotros. Los núcleos densos de población varían ampliamente en carácter y tamaño, abarcando desde la compacta ciudad de tamaño medio, que tradicionalmente ofrecía un mercado a los agricultores locales, a las vastas y extensas metrópolis del moderno mundo industrializado. Algunos pueblos grandes tienden hoy en día a llamarse ciudades, aunque estrictamente una ciudad es un pueblo grande al que se le ha dado el título de ciudad por ley, sobre todo cuando contiene una catedral. *El arte de vivir en la ciudad* ofrecerá algunas reflexiones sobre cómo disfrutar de los desafíos y de las oportunidades a las que nos enfrentamos cuando vivimos en estos atractivos lugares.

Adoro las ciudades

Durante treinta años viví en Londres hasta que hace relativamente poco tiempo me trasladé a Sussex, un condado de la costa sur de Inglaterra; y no lo hice porque me

hubiera cansado de la ciudad, sino porque me casé, y mi mujer, Ros, tiene establecido allí su centro de operaciones por cuestiones laborales. Tres de mis hijos viven todavía en Londres, de forma que, entre ir a visitarlos a ellos y a mis amigos, y acudir a mis galerías de arte preferidas, tengo la sensación de que la ciudad sigue siendo mi casa. Vivir en Lewes, Sussex, que está a solo una hora del centro de la capital, me ha dado la oportunidad de reflexionar sobre todos los aspectos de los que he disfrutado al vivir una vida urbana, y de unirlo todo con las experiencias que he tenido al pasar temporadas en otras grandes ciudades del mundo: Nueva York y San Francisco, en los Estados Unidos; París y Praga, en Europa; Sídney y Perth, en Australia; Buenos Aires y Asunción, en Sudamérica... Todos estos lugares, y otros, han fortalecido mi convicción de que las ciudades pueden sacar lo mejor de las personas, y de que son lugares geniales en los que se puede, simplemente, existir y vivir bien.

La evolución de las ciudades

Desde el punto de vista del tiempo evolutivo, las ciudades llevan existiendo apenas un parpadeo. Son un desarrollo reciente en la historia de la humanidad (aparecieron por primera vez después de la última glaciación) y juegan un papel esencial en el surgimiento de la civilización. El auge de la agricultura, hace diez mil años, coincidió con el crecimiento de los asentamientos y lo favoreció; con los excedentes de comida procedentes de la agricultura se abrieron nuevas opciones y se desarrollaron nuevas maneras de intercambiar bienes, así como nuevas habilidades. Fue el principio de un proceso de liberación para la humanidad.

Con las primeras ciudades empezamos a ver el crecimiento del comercio y de la contabilidad, y el mercado se convierte en el centro de un nuevo orden mundial, un núcleo social para el intercambio, no solo de productos, sino también de ideas. La cultura empieza a florecer a través de las artes y la música; y se inventa la escritura. El hombre moderno está en camino.

Como si fueran una nueva forma de vida vegetal, las ciudades empezaron siendo muy pequeñas, más pequeñas incluso de lo que se consideraría una aldea en el siglo XXI; no eran más que agrupaciones de unas pocas viviendas que se juntaban para protegerse mutuamente, tal vez contra el viento y el frío, o gracias al descubrimiento de que la cooperación a la hora de la siembra y la cosecha es mejor que el aislamiento de un huerto arado en soledad. Y luego, cuando la cosecha era buena, la comunidad necesitaba protección contra otra amenaza: el vecino saqueador que vive del robo más que del trabajo duro, y que siente envidia del excedente de comida almacenado. Al parecer, la eficiencia agrícola es madrina tanto de la comunidad urbana cooperativa como de los muros que protegen muchas ciudades. A partir de estos pequeños inicios la ciudad fue creciendo de forma orgánica para convertirse en ese descendiente casi irreconocible, abarrotado de humanidad: la bulliciosa metrópolis de hoy en día, contaminada por la polución de los vehículos, dominada por los rascacielos.

Un lento proceso

La línea de descendencia histórica desde un puñado de casas, pasando por la aldea y el pueblo, hasta la ciudad moderna del siglo XXI rara vez ha sido una línea continua. Muchos lugares acabaron deshabitados y se convirtieron en ruinas. Pero dejaron su impronta. Skara Brae, situada

en la bahía de Skaill en la isla Mainland, del archipiélago de las Orcadas, junto a la costa norte de Escocia, es un bellissimo ejemplo. En 1850 una gran tormenta atlántica se llevó miles de toneladas de costa, descubriendo esta aldea neolítica de ocho viviendas maravillosamente conservadas; durante cuarenta siglos estuvo perdida debajo de una gran duna de arena. Cada una de las casas de piedra tiene una estancia cuadrada con un hogar central para hacer lumbre, dormitorios a ambos lados, baldas de piedra donde almacenar cosas y, en una esquina, un sencillo mortero para moler trigo. La vida allí tuvo que ser muy acogedora: las casas están muy pegadas, con estrechos callejones de baldosas entre ellas. Las primeras huellas de habitantes en Skara Brae datan de hace más de cinco mil años. El visitante no puede más que asombrarse ante esas paredes construidas con tanto esmero y preguntarse quién sería la persona que colocó y cortó con tanto cuidado esas piedras.

LOS HILOS DE LA CULTURA

Tenemos que agradecer a las comunidades urbanas el desarrollo de la cultura y la civilización. Las colecciones de los museos y de las galerías de arte, las plazas bien proporcionadas y la arquitectura antigua no son añadidos puestos ahí para los turistas, sino que siempre han formado parte de la esencia de la vida de la ciudad, y sus raíces se extienden hacia atrás muy lejos en la historia.

El crecimiento de las grandes bibliotecas y el mecenazgo de las artes se desarrolló mano a mano de la creación de hermosos edificios, fachadas elegantes y jardines ornamentales. Solo podemos adivinar cómo debieron de ser los famosos Jardines Colgantes de Babilonia, una de las siete maravillas de la Antigüedad; solo podemos especular sobre el rico contenido de la Gran Biblioteca de Alejandría, tristemente destruida en una oscura época llena de prejuicios. No obstante, cualquier turista actual puede deambular por las calles medievales de Praga o Carcasona, o maravillarse ante los elementos clásicos de la elegante arquitectura en piedra de Petra, en Jordania, la ciudad rosa del desierto, «tan antigua como el tiempo», y reflexionar sobre las épocas pasadas, al tiempo que se percata de lo que es diferente, pero también de que hay cosas que nunca cambian.

Los que vivimos en una ciudad tenemos la posibilidad de identificarnos con cada capa de la historia, de conectarnos con nuestros ancestros, disfrutando de los ricos hilos culturales que tenemos en común con ellos: el arte y la arquitectura, el museo, la biblioteca y el jardín. Com-

partimos con ellos las cosas que ellos valoraban, de las cuales nos beneficiamos enormemente.

La ciudad, muchas veces amurallada y protegida, siguió siendo durante varios miles de años el hogar de solo una pequeña minoría de personas. La mayor parte de la humanidad vivía una vida rural, generalmente dedicándose a la agricultura o a la ganadería de subsistencia. Todo eso cambió con la Revolución Industrial, a partir de mediados del siglo XVIII. Fue Londres la ciudad que creció hasta convertirse en la primera megalópolis, con una población que se disparó al pasar de un millón a diez millones de habitantes en solo cien años. Y sin embargo, según el proyecto Urban Age (una colaboración entre la London School of Economics and Political Science y la sociedad Alfred Herrhausen del Deutsche Bank), incluso ya en el año 1900 solo el 10 por ciento de la población mundial vivía en ciudades. En cambio, el siglo XXI ha sido testigo de una explosión cuántica de la vida urbana, de forma que para 2007 esa cifra era ya del 50 por ciento, y las previsiones son alarmantes. Se estima que en el año 2050 el 75 por ciento de la población vivirá en ciudades. Los seres humanos se habrán convertido verdaderamente en una especie urbana, nos guste o no.

Ocupación continua

Muy pocos pueblos o ciudades pueden presumir de haber estado continuamente ocupados a lo largo de un periodo de varios milenios. Una de ellas es Jbeil, según algunos la ciudad continuamente ocupada de la Tierra, con una pobla-

ción de 40.000 personas, solo 40 kilómetros al norte de Beirut, en el Líbano. Este atractivo centro turístico, con su pequeño puerto mediterráneo y sus playas soleadas, es la antigua ciudad de Biblos. Hay pruebas de su ocupación a lo largo de nueve mil años, llegando hasta el séptimo milenio a. C. La combinación de puerto natural y fértil tierra circundante ha garantizado la conservación de la ciudad, y su nombre original subraya algo importante: el vínculo inextricable que encontramos entre la vida urbana y el desarrollo de la cultura. La antigua palabra griega para «papiro» (una de las principales exportaciones de la ciudad, en la que se pueden encontrar algunas de las primeras muestras de escritura) era βιβλος, de la que la ciudad adoptó su nombre y de la que en español se deriva la palabra «Biblia» y en francés *bibliothèque* —una habitación llena de libros, que representa y contiene, en opinión de muchos, la esencia misma de la cultura—.

Amarlas u odiarlas

La opinión pública siempre ha estado dividida respecto de las ciudades, sobre si son algo bueno o malo. Despiertan emociones fuertes, dividiendo a la gente de forma casi tribal en «gentes de campo» y «gentes de ciudad», «ellos» y «nosotros». Por cada inmigrante rural que sueña con avenidas de la ciudad «pavimentadas en oro», hay otra persona que procura mantenerse bien lejos de la escena urbana, imaginando todo el horror de «una pesadilla superpoblada».

Cuando trabajaba de párroco en un antiguo pueblo textil en West Yorkshire, siempre me divertía oír las opiniones de los lugareños acerca de los que vivían en Londres. Cuando surgía el tema se percibía claramente en muchas voces cierto desdén. Cualquiera que optase por vivir en Londres «debía de estar loco».

Una vez al año, justo antes de Navidad, un grupo de mujeres de la parroquia alquilaban un autocar para bajar a la metrópolis y pasar un día de compras. Las luces de Oxford Street y los grandes almacenes repletos de clientes eran siempre la gran atracción. Pero luego paraban también en una o dos tiendas de las más caras del West End «para echarse unas risas con los precios».

Volvían tarde a casa, a veces contentas y cantando, convencidas de que alguien que viviera en Londres tenía que estar mal de la cabeza. «Odio todo ese ruido. ¡Es un no parar!». «El tráfico es espantoso, ¡y el humo! ¡Por poco te mata!» y «si le preguntas a alguien una dirección, parece que nadie hable inglés. ¡Ahí abajo no hay más que extranjeros!». Y así seguían las historias: los recuerdos se repetían entre risas y el alivio de volver a casa.

Crisol de culturas

Esto ha sido así siempre. Una de las más antiguas historias del mundo es la de la Torre de Babel, que narra los miedos y los prejuicios de los nómadas que vivían en tiendas de campaña en Mesopotamia al enfrentarse a una ciudad construida con ladrillos, con calles estrechas y pavimentadas, casas de varios pisos y una impresionante torre en forma de zigurat que se elevaba hasta los cielos. Todo el mundo en la plaza del mercado parecía extranjero, de tantas lenguas como se hablaban allí. Los nómadas, desde el miedo, interpretaron que esto no podía ser sino una maldición. Un dios lleno de ira habría

castigado a esa comunidad por intentar construir un camino hacia el cielo con aquella gran torre; y les había provocado que hablaran idiomas diferentes para que así no pudieran entenderse unos a otros. Los nómadas habían errado en su juicio. No podían comprender que una ciudad contenga una rica mezcla de gentes que se unen para comerciar, o que la arquitectura monumental eleve el ánimo.

Las distintas lenguas, y las costumbres diferentes, la mezcla de religiones y colores, los «extranjeros por todas partes» son lo que hace vibrar una ciudad moderna, algo que celebrar, no que deplorar. Pensemos solamente en las distintas comidas que podemos degustar en un viaje al centro: china o mexicana, turca, iraní o japonesa, o comida inglesa tradicional, como el *fish and chips*, que es mi favorita.

Cuestión de opinión

La pregunta a la que nos tenemos que enfrentar en la vida actual es cómo ver la ciudad, y bien podremos tener al respecto opiniones ambivalentes. ¿Es una jungla de asfalto, un lugar de polución y presión, un corrupto teatro donde se celebra una carrera de ratas y que debemos evitar a toda costa? Tal vez soñemos con vivir al final de un sendero en medio del campo, o en algún lugar con árboles y prados abiertos, o en una isla remota con solo media docena de vecinos.

Por otro lado, ¿podríamos ver la ciudad moderna como una utopía urbana en potencia, un lugar lleno de posibilidades para el desarrollo del espíritu humano?

¿En qué quedamos? ¿Jungla de asfalto o ciudad de sueños? ¿Un agujero en el infierno, o un paraíso en el cielo?